

producirán lo bastante, ya como saludable enseñanza, ya como justo castigo. Considérense esos grandes culpables, contémpense esas sublimes virtudes. ¡Olvídemos á Marat! ¡Saludemos á Carlota Corday!— Tal, diremos, era Robespierre... ¡Y tal era madama Roland! Esas imágenes, esos fantasmas, esos espectáculos de las tumultuosas calles y de los desórdenes de la Asamblea vendrán á ser otros tantos puntos de referencia en este libro extraño, en el que jamás le falta una disculpa al verdugo, ni compasión, respeto y lágrimas á la víctima.

«Os envío, escribía Bossuet á su amigo el mariscal de Bellefonds, dos cabezas de muerto bastante conmovedoras.» Se refería á la oración fúnebre de Enriqueta de Inglaterra y de su madre, la digna esposa de Carlos I. «Dos cabezas de muerto bastante conmovedoras,» decía. A millares las tenemos nosotros en estos relatos, llenos de inefable emoción; la reina, madama Isabel, la princesa de Lamballe y el delfín mártir. Bossuet, asustado, no se habría atrevido á comparar sus cabezas de muerto con éstas.

El espectáculo ardiente de la Revolución francesa debe aparecer al alma, á los ojos del lector, bajo su doble aspecto; en su gloria y en sus excesos, en su heroísmo y en sus crueldades. Por esto Mr. Thiers, el verdadero historiador, ha escrito una historia valiente, por decirlo así, implacable y llena de abnegación, aglomerando todas las generosidades sobre todas las injusticias, presentando de relieve esas cabezas soberbias, esas cabezas furiosas, los oradores de la tribuna y del club, las comadres de callejuela y las princesas de Versalles, el hijo del pueblo y el barón feudal, el diputado, el bullanguero, el guardia de corps, el delator, el héroe: una historia donde descuellan los girondinos y los terroristas; donde aparece claramente retratada la dominante figura de Mirabeau; donde se ve al orgulloso Dantón inclinar su cabeza implacable ante esta sola palabra, que es su sentencia: ¡Septiembre!, justo eco de sus remordimientos. ¡Desgraciados! ¡Cada uno de ellos lleva en sí mismo su castigo, su pena, y la palabra que le mata! En tan poco tiempo, en tan pocas horas, pasan de la victoria á la derrota, del triunfo al suplicio.

Ayer todavía iban en busca del general triunfante en medio de su ejército y le entregaban al acusador público; ayer aún hacían comparecer al rey de Francia ante su barra, y le enviaban al cadalso con las manos atadas con una cuerda. Hoy se hacen sospechosos á su vez, sospechosos y condenados, y buscan, apelando á la audacia ó á la fuga, un breve aplazamiento á su castigo..., porque han de morir, han de satisfacer su deuda, han de dar su cabeza al Terror. Aquellas cabezas soberbias llenaron el mundo aterrado con el estruendo de su caída. Y cuando, por último, se disipen las sangrientas tinieblas de la noche en esa Francia entregada á la desesperación y al llanto, cuando los terroristas, girondinos, revolucionarios, Comuna y Convención se hayan cansado de destruirse mutuamente, y cuando los desterrados, los condenados, las doncellas, los ancianos y hasta los niños hayan disputado su vida ó sucumbido generosamente en una lucha implacable, entonces Dios se apiadará de la Francia y expulsará de ella la violencia y la matanza al entusiasta rumor de lejanas victorias.

Entonces los poetas harán oír al pueblo consolado las dulces palabras por tanto tiempo proscriptas: ¡Esperanza y piedad! ¡humanidad, clemencia! Entonces la sociedad, recobrada su calma, se atreverá á defenderse, á llamar en su auxilio á la justicia. Al propio tiempo aparecerán de nuevo las antiguas virtudes: la fuerza y la esperanza, el derecho y el deber, la caridad, la oración, y esos arrebatos casi divinos que el dulce aunque momentáneo sosiego produce en las almas bien templadas. ¡Es el día, es la luz vivificadora! A estos inesperados y claros fulgores aparecen de nuevo los grandes caracteres, los espíritus graves, la honradez, el trabajo, el plácido ejercicio de las Bellas Artes, la satisfacción de sí mismo, y en adelante, consolados por la gloria, alentados por la luz, y confiados en la libertad conquistada á costa de tantos dolores y de tantas luchas, seguiremos, llenos de celo y de fe, en sus libres senderos, á esos oradores, á esos guías de los pueblos libertados, á esos sabios consejeros que la Providencia conserva siempre de reserva en los tesoros de su bondad.

JULIO JANIN.

A MIS LECTORES

Me propongo escribir la historia de una revolución memorable, que ha perturbado hondamente á los hombres, siendo la causa de que aún hoy estén divididos. No se me ocultan las dificultades de la empresa, porque vuelven á despertarse pasiones que se creían ahogadas bajo la influencia del despotismo militar. Hombres agobiados por la edad y los trabajos sintieron renacer de pronto en su alma mal adormecidos enojos, que nos han legado como una herencia; pero si debemos defender su misma causa, no por eso hemos de abonar su conducta, y juzgando á los que han servido bien ó mal la libertad, tenemos la ventaja de haber oído y observado á esos ancianos que, entregados á sus recuerdos y agitados aún por sus impresiones, nos revelan el espíritu y carácter de los partidos, enseñándonos á compren-

derlos. El momento en que los actores van á expirar será tal vez el más propio para escribir la historia; se puede invocar su testimonio sin participar de todas sus pasiones.

Como quiera que sea, he procurado ahogar en mi alma todo sentimiento de odio; me he figurado que, nacido en humilde choza, y animado de una noble ambición, quería adquirir lo que el orgullo de las altas clases me había negado injustamente; ó bien que, educado en los palacios y heredero de antiguos privilegios, me era doloroso renunciar á una posesión que consideraba como legítima propiedad. De este modo no podía irritarme ya; he compadecido á los combatientes y me he consolado adorando á las almas generosas.

A. THIERS.

REINADO DE LUIS XVI

ESTADOS GENERALES. ASAMBLEA CONSTITUYENTE

CAPÍTULO PRIMERO

Estado político y social de Francia á fines del siglo XVIII. — Advenimiento de Luis XVI. — Maurepas, Turgot y Necker, ministros — Calonne, Asamblea de los Notables. — De Brienne, ministro. Oposición del Parlamento, su destierro y su llamamiento. — Destierro del duque de Orleáns. — Arresto del consejero d'Esprenmil. — Llamamiento de Necker, quien reemplaza á Brienne. — Nueva Asamblea de los Notables. — Discusiones relativas á los Estados Generales. — Formación de los clubs. — Causas de la revolución. — Primeras elecciones de diputados á los Estados Generales. — Incendio de la casa Reveillon. — El duque de Orleáns: su carácter.

Conocidas son las revoluciones de la monarquía francesa: sábese que los griegos primero, y los romanos después, llevaron al seno de las Galias semisalvajes sus armas y su civilización; que en pos de ellos los bárbaros plantearon allí su jerarquía militar, y que esta jerarquía, transmitida de las personas á las tierras, quedó como arraigada, formándose de este modo el sistema feudal. Dividióse la autoridad entre el jefe feudal, llamado rey, y los jefes secundarios, llamados vasallos, quienes eran á su vez reyes de sus súbditos. En nuestro tiempo, en que la necesidad de acusarse unos á otros ha hecho que se indaguen los agravios recíprocos, se nos ha enterado minuciosamente de que los vasallos disputaron en un principio la autoridad, cosa bastante frecuente en los que más inmediatos están á ella; que en seguida se la repartieron, lo cual formó la anarquía feudal, y por último, que volvió al trono, donde se concentró transformada en despotismo, en tiempo de Luis XI, Richelieu y Luis XIV.

El pueblo francés se había emancipado progresivamente merced al trabajo, que es la primera fuente de la riqueza y de la libertad. Agrícola primero, comercial é industrial después, adquirió tal importancia que constituyó la nación entera. Habiendo logrado á fuerza de súplicas tomar asiento en los Estados Generales, presentóse en ellos de rodillas para ser repartido á *merced* y *misericordia*; mas al poco tiempo Luis XIV hizo saber que no le cuadraban asambleas tan sumisas, y así lo declaró ante el Parlamento calzando botas y empuñando un látigo. Desde entonces se vió á la cabeza de la nación un rey dotado de un poder mal definido en teoría, pero absoluto en la práctica; grandes que se desprendieron de su dignidad feudal por obtener el favor del monarca, y que apelando á la intriga se disputaban la parte de la substancia del pueblo que querían darles; más abajo, una población inmensa sin otras relaciones

con la aristocracia real que una sumisión habitual en ella y el pago de los impuestos.

Entre la corte y el pueblo se hallaban los Parlamentos, investidos de la facultad de administrar justicia y tomar nota de las disposiciones del monarca. Pero la autoridad continuaba siendo objeto de disputas, cuando no en las asambleas legítimas de la nación, en el mismo palacio del rey. Es sabido que los Parlamentos suspendían los efectos de la voluntad real en el mero hecho de negarse á tomar nota de ella ó registrarla, lo cual terminaba por una transacción cuando el rey era débil, ó por una sumisión cuando se mostraba fuerte. Jamás tuvo Luis XIV que transigir, porque durante su reinado ningún Parlamento se atrevió á dirigirle la menor observación; arrastró tras de sí á la nación, la cual le ensalzó hasta las nubes por los prodigios que ella misma hacía en las guerras, en las artes y en las ciencias. Entre los súbditos y el monarca hubo perfecta igualdad de pareceres, y unos y otros se encaminaron hacia un mismo objeto.

Apenas expiró Luis XIV cuando el regente dió ocasión á los Parlamentos para que se vengaran de su prolongada nulidad. La voluntad del monarca, tan respetada en vida de éste, fué violada después de su muerte, y su testamento hecho pedazos. Púsose entonces la autoridad en litigio, iniciándose una interminable lucha entre el Parlamento, el clero y la corte, ante una nación aniquilada por continuas guerras y cansada de pagar las prodigalidades de sus señores, que pasaban su vida entregados á los placeres ó á su afán de pelear. Hasta entonces no había tenido genio sino para servir al monarca en sus necesidades ó en sus deleites; entonces lo tuvo para su propia conveniencia, y lo utilizó para examinar sus intereses. El espíritu humano pasa sin cesar de un asunto á otro. El genio francés pasó desde el teatro, desde la cátedra religiosa y fúnebre, á las cien-

cias morales y políticas, y entonces hubo un completo cambio. Figurémonos á los usurpadores de todos los derechos nacionales disputándose durante un siglo entero una autoridad menoscabada; á los Parlamentos persiguiendo al clero; al clero persiguiendo á los Parlamentos; éstos poniendo en tela de juicio la autoridad de la corte; la corte, indiferente y tranquila en medio de aquella lucha, devorando la substancia de los pueblos entre los mayores desórdenes; la nación, enriquecida y despierta ya, presenciando estas divisiones, aprovechándose de las confesiones que á unos y á otros se escapaban, privada de toda acción política, dogmatizando con audacia é ignorancia porque estaba reducida á teorías, aspirando sobre todo á recobrar su rango en Europa, y ofreciendo en vano su dinero y su sangre por volver á ocupar un puesto que la debilidad de sus señores le había hecho perder; y tendremos un débil bosquejo del estado de Francia en el décimotavo siglo.

El escándalo había llegado á su colmo, cuando Luis XVI, príncipe equitativo, moderado en sus gustos, educado con bastante descuido, pero dado al bien por inclinación natural, subió al trono siendo aún muy joven (1774). Llamó á su lado á un antiguo cortesano para confiarle el cuidado de su reino, y repartió su confianza entre Maurepas y la reina, joven princesa austriaca, de viva imaginación, amable y que tenía sobre el rey un gran ascendiente. Maurepas y la reina no simpatizaban; así fué que cediendo el rey á los consejos de su ministro unas veces, y otras á los de la reina, dió comienzo harto temprano á la larga carrera de sus incertidumbres. No ignorando cuál era el estado de su reino, el monarca daba crédito sobre este punto al parecer de los filósofos; pero, criado en los más cristianos sentimientos, rehuía toda intimidad con ellos. La opinión pública, manifestándose con vehemencia, le designaba á Turgot, de la sociedad de los economistas, hombre sencillo, virtuoso, dotado de gran firmeza de carácter, pero tenaz y profundo. Convencido de su probidad, y complacido de sus proyectos de reforma, Luis XVI ha dicho muchas veces: «Tan sólo Turgot y yo somos amigos del pueblo.» Las reformas de Turgot se estrellaron ante la resistencia de las primeras clases del Estado, interesadas en conservar todos los abusos que el austero ministro quería hacer desaparecer. Luis XVI le destituyó con pesar. Durante su vida, que casi no fué más que un martirio, tuvo siempre el sentimiento de columbrar el bien, de quererlo sinceramente, y de faltarle la fuerza de voluntad necesaria para ejecutarlo.

Colocado el rey entre la corte, los Parlamentos y el pueblo, blanco de todo linaje de intrigas y sugerencias, cambió sucesivamente de ministros: y cediendo una vez más á la opinión pública y á la necesidad de reformas, encargó la administración de la Hacienda á Necker (1777), que era un ginebrino enriquecido con operaciones de banca, partidario y discípulo de Colbert como Turgot lo era de Sully, hacendista económico é íntegro, pero hombre vano que tenía la pretensión de ser el moderador de todo, en filosofía como en religión y en libertad, y alucinado por los elogios de sus amigos y del público, envaneciéndose de conducir y detener los espíritus hasta donde llegaba el suyo.

Necker puso en orden la Hacienda, y arbitró los medios necesarios para sufragar los cuantiosos gastos de la guerra de América. Siendo su genio menos vasto, pero más flexible que el de Turgot, y contando sobre todo con la confianza de los capitalistas, encontró por de pronto recursos inesperados é hizo renacer la confianza; mas como para terminar los apuros del tesoro no bastaban los artificios financieros, intentó introducir algunas reformas. Las clases elevadas se le mostraron casi tan hostiles como á Turgot, y los Parlamentos, noticiosos de sus proyectos, se coligaron contra él y le obligaron á retirarse.

El convencimiento de los abusos era universal: todo el mundo los conocía, el rey no los ignoraba, y le hacían padecer cruelmente. Los cortesanos, que medraban con dichos abusos, hubieran querido aliviar las cargas del tesoro, pero sin tener que imponerse el menor sacrificio: disertaban en la corte, siendo pródigos en máximas filosóficas; cuando iban de caza se compadecían de los vejámenes que sufrían los labradores; y hasta se les había visto celebrar la emancipación de los americanos y recibir con palmas á los jóvenes franceses que regresaban del Nuevo Mundo. Los Parlamentos invocaban también el interés del pueblo, poniendo muy de relieve los padecimientos de las clases menesterosas, y sin embargo, se oponían á la distribución equitativa de los impuestos lo mismo que á la abolición de los restos de la barbarie feudal. Todos hablaban del bien público, pero eran muy pocos los que lo querían; y el pueblo, no acertando todavía á comprender cuáles eran sus verdaderos amigos, aplaudía á cuantos opinaban resistencia al poder, que era su visible enemigo.

Con la deposición de Turgot y de Necker no había variado el estado de las cosas: el apuro del erario era el mismo, y aunque se hubiera tratado de prescindir por largo tiempo de la intervención de la nación, era menester asistir y proveer á las prodigalidades de la corte. La dificultad, allanada momentáneamente con la destitución de un ministro, con un empréstito ó con una contribución forzosa, volvía en breve á presentarse más pujante, como todo mal descuidado. Todo eran vacilaciones, según sucede siempre que es preciso adoptar una resolución temida, pero necesaria.

Una intriga hizo subir al ministerio á Mr. de Calonne, á quien era hostil la opinión pública porque había contribuido á la persecución de La Chalotais (1783). Calonne, hombre de viva imaginación, fecundo en recursos, contaba con su genio, con la suerte y con los hombres para salir airoso, y se entregaba en brazos del porvenir con la mayor indiferencia. Su dictamen se reducía á que no era acertado alarmarse prematuramente, ni descubrir el mal hasta la víspera del día en que se quería remediar. Sedujo á la corte con sus modales, se la atrajo por su solicitud en concederle cuanto deseaba, procuró al rey y á todos algunos instantes tranquilos, y logró que á los presagios más siniestros sucediera un momento de dicha y de ciega confianza.

Aproximábase el porvenir con que se había contado, y al fin era forzoso tomar medidas decisivas: no se podían imponer al pueblo nuevas contribuciones, y sin embargo el tesoro estaba exhausto. Tan sólo quedaba un medio para aliviar su situación, que consistía en reducir los gastos suprimiendo mercedes, y, si acaso no

bastaba, hacer que pesara el impuesto sobre mayor número de contribuyentes, es decir, sobre la nobleza y el clero. Estos proyectos tanteados sucesivamente por Turgot y por Necker, y ensayados por Calonne, no le parecieron á éste de fácil resultado si los mismos privilegiados no daban de antemano su consentimiento. Á este fin, Calonne ideó reunirlos en una Asamblea llamada *de los Notables* para darles á conocer sus planes y arrancarles su consentimiento, ya valiéndose de la as-

Calonne cometió la torpeza de echar la culpa del mal estado del tesoro á sus predecesores, y en parte á Necker. Éste respondió, fué desterrado, y la oposición redobló en acritud. Calonne la hizo frente con tanta presencia de espíritu como calma: hizo destituir al guardasellos Mr. de Miromenil, que conspiraba con los Parlamentos; pero su triunfo no duró más que dos días. El rey, que le apreciaba, le había prometido más de lo que estaba en su mano, comprometiéndose á sostenerle, y



Turgot, ministro de Luis XVI

tucia ó ya por convicción (1). Formaban la Asamblea los grandes, elegidos entre la nobleza, el clero y la magistratura, una multitud de presidentes de tribunales y algunos magistrados de provincia. Mediante esta composición, y sobre todo con el auxilio de los grandes señores populares y filósofos que Calonne había tenido la precaución de convocar á dicha Asamblea, lisonjeábase el ministro de obtener un triunfo completo.

Pero su excesiva confianza le engañó. La opinión pública no le perdonaba que ocupase el puesto de Turgot y de Necker, y complacida en extremo al ver á un ministro obligado á dar cuentas, apoyó la resistencia de los notables. Empeñáronse las más vivas discusiones;

(1) Esta Asamblea se abrió el 22 de febrero de 1787.

el ministro fué derribado por las representaciones de los notables que ofrecían acceder á los planes de Calonne, bajo la condición de que había de confiarse su ejecución á un ministro más moral y más digno de confianza. La reina, dando oídos á las sugerencias del abate de Vermont, propuso é hizo aceptar al rey un nuevo ministro, Mr. de Brienne, arzobispo de Tolosa, y uno de los notables que más habían contribuido á la caída de Calonne con la esperanza de sucederle (abril de 1787).

Este arzobispo de Tolosa, hombre obstinado y de carácter débil, soñaba desde su infancia con ser ministro, y no perdonaba medio alguno para conseguir su objeto. Apoyábase principalmente en el crédito de las mujeres á quienes procuraba y conseguía agradar, y ha-